

CON ESTILO PROPIO



El pintor posa en el salón de su piso del Ensanche bilbaíno. :: FOTOS BORJA AGUDO

De cómo ser un gentleman

IGNACIO GOITIA
PINTOR

En un constante ir y venir de Bilbao a Miami, sus realistas obras respiran su impronta «respetuosa y singular» forjada entre París y Londres

Galería con la sesión de fotos



EL COMPLEMENTO ZAPATOS DE DOBLE HEBILLA

El artista no duda en descalzarse para mostrar sus zapatos, unos Crockett & Jones muy british que guarda, 'comme il faut', con hormas de madera.



EL DISCO 'LE TEMPS DU LILAS', BARBARA

Voz ligeramente engolada y mucha personalidad. Una suerte de 'cara b' actual de Edith Piaf, que ha servido como banda sonora de un buen número de sus exposiciones.



LA FRAGANCIA ACQUA DE COLONIA DE FLORENCIA

«Me la pongo siempre en las patillas. Así, cuando beso a la gente, dejo siempre mi olor». Uno muy especial, procedente de una antigua farmacia florentina, que se lleva elaborando de la misma forma desde 1612.



EL FETICHE GEMELOS

«Es uno de los pocos detalles que el hombre se puede permitir», sostiene el dandy. Estos, de porcelana inglesa, fueron regalo de su pareja. «Eran suyos, se los había comprado en Londres».

LA PRENDA CHAQUETA

Aunque parezca una prenda adecuada para asistir a la recepción del embajador de Francia como un pincel, en realidad se trata de una chaqueta de smoking para recibir en casa. «Me lo pongo mucho», reconoce. Si se animan a poner un punto de sofisticación en sus recepciones, pueden encontrar algo parecido en la sastrería Charles Tyrwhitt, en Jemyn Street, en Londres.



EL RITUAL EL ASEO

«Tardo un buen rato y me gusta tomármelo con calma». Afeitado y ducha. En este orden. El mimo de Goitia por los detalles se refleja también en su armarito del baño. Allí nunca falta desodorante.



rante Arlington, que compra en la farmacia londinense Dr. Harris & Co, en St. James Street (usted también puede aplicar los malos olores con estilo en www.drharris.co.uk por unas 11,50 libras). Otro imprescindible es la pasta de dientes Marvis, que se puede encontrar en una «droguería maravillosa» en el 52 de María Díaz de Haro, para utilizar con cepillos de dientes de perla con mango de asta y enjuagarse con un vaso de plata o cuero.

EL MUEBLE SOFÁ ISABELINO

«Lo compré mi tatarabuela, para una visita de Isabel II a Bilbao». Tan ilustre pieza fue a parar a sus manos, la retapizó y ahora ocupa un lugar de honor en su salón.



Un hombre seminudado, ataviado sólo con un slip blanco, se recuesta en el regazo de un tipo calvo trajeado de forma impecable. Parece un alto ejecutivo recién llegado a casa después de una dura jornada de trabajo, alguien que lleva todo el día pensando en ese encuentro. Ambos descansan bajo la atenta mirada de 'Las meninas' de Velázquez en un elegante tresillo azulado situado a los pies de una opulenta cama con dosel, bajo una imponente lámpara de araña que cuelga de un dormitorio de aire versallesco.

Como un rara matrioska, la escena está encerrada en otro dormitorio, éste auténtico y algo más funcional, pero casi tan sofisticado como el anterior, que no deja de ser una pintura muy convincente. Aquí, en el mundo real, recostado en otra cama con dosel, posa Ignacio Goitia (Bilbao, 1968), el autor de la obra y creador de universos oníricos en los que policías antidisturbios, fetichistas del cuero y jinetes a lomos de elegantes corceles comparten lienzo y lugar.

La casa del pintor, en el Ensanche de Bilbao, recibe al visitante con un cálido abrazo perfumado. No es ni siquiera



Sala de estar del hogar del pintor.

mediodia, sale un día despejado y la luz llena el espacio. Sin embargo, lámparas, apliques y quinqués están encendidos, otorgando al lugar un aire teatral, como de íntimo café-teatro. El pequeño dispendio energético tiene su explicación. El artista ha impregnado las bombillas con Noël, de Crabtree & Evelyn, una suerte de fragancia para el hogar que se ha traído de Estados Unidos, de Miami, donde reside parte del año.

Ya en el zaguán se intuye el gusto de Goitia por los detalles. Allí cuelga un espléndido plano del París prenapoleónico trazado por Turgot. Esas mismas calles que ahora el ar-

tista -mitad afrancesado, mitad british- recorre con la mirada las paseó hace unos cuantos años, vestido con una chaqueta, casi una levita, original del s. XIV. Desde el quatrième, desde la Cité des Arts. Sin miedo al qué dirán.

Cola Cao y cigarrillos

De allí se trajo recuerdos, piezas compradas en brocantes y alguna fotografía. Todo, encajado, configura una especie de puzzle de objetos, a cada cual más especial, que conviven en armonía en un hogar que parece de otro tiempo. Sólo un televisor, regalo de unos amigos, y un iPod Classic conectado a un portátil

no recuerdan que no estamos en una escena de Madame Bovary. «Hay que escuchar el espacio. No comprendo por qué la gente tiende hacia ese minimalismo mal entendido», trata de explicar sobre su forma de ver el interiorismo.

Otro cuadro. En este caso una gran biblioteca se abre a través de unos ventanales a un jardín en el que se puede divisar un hombre montando a caballo. Bajo la obra, en un ajado sofá de cuero negro, el autor se sienta cruzando las piernas con elegancia -en realidad, cualquier gesto suyo, hasta uno inapropiado e improbable, parecería responder a esta cualidad-

Gesticula mostrando los puños bordados con sus iniciales de una camisa que se ciñe a las muñecas con dos galgos de plata. Confiesa ponerse un poco nervioso conviviendo con sus obras: «No me gusta verlas todos los días porque veo posibles defectos». Y cuando se le alaba como buen conversador, echa mano de una modestia para nada falsa. «Prefiero escuchar, observar. No me gusta hablar si veo que no me escuchan».

Enciende un R1 -«los cigarrillos más suaves que hay; otros, más fuertes, me marean», desvela- tras otro que fuma con unos gestos calcados a los de Don Drapper, el seductor pro-

tagonista de 'Mad Men', una serie que, sin embargo, el artista nunca ha visto. Todo en él parece genuino, como el tazón de Cola Cao que se desayuna cada mañana. Nada impostado.

En esa seguridad que transmite, abrigado por unas grandes patillas que evocan a un Curro Jiménez con clase, a un Lobezno menos hercúleo, apenas se intuye la timidez de ese chaval un tanto incomprendido en los tiempos de universidad. Quizás si la inocencia del crío que sumergía las manos en la ría, con la consiguiente regañina materna. Y jugaba a imaginar cómo sería Bilbao «bajo la mierda».



JORGE BARBO